

LA EUTANASIA ES UNA *experiencia hermosa*



Texto: **FERNANDO MARIN**

Médico y vicepresidente de AFDMD

La eutanasia es una experiencia hermosa. Técnicamente es muy sencilla. Una enfermera coloca una vía, se inyecta un hipnótico y la persona se duerme. Luego, un inductor del coma y en unos minutos deja de respirar y muere. Por seguridad, se administra un paralizante neuromuscular. En media hora todo ha terminado. A diferencia de otros actos médicos, lo más importante no es la técnica, que es fácil, sino la decisión, de morir, y de ayudar a morir.

La decisión. Esa es la esencia de la eutanasia, la que la dota de sentido y la configura como un derecho fundamental y una genuina expresión de libertad. La decisión de morir nos habla de cómo cada persona construye sus valores y su libertad. Al doctor Luis Montes le gustaba distinguir entre dar «muerte» y dar «la muerte». En ese artículo «la» –la muerte, y la decisión previa– hay todo un mundo, una biografía, un sentido de la dignidad de la vida humana. Si, como decía Jesús Mosterín, confundimos lo voluntario con lo forzado, el amor con la violación, el regalo con el robo, ya no hay respeto, ni eutanasia. Desde ahí es imposible entender ese acto de amor.

La decisión explícita es lo que diferencia la eutanasia de otras formas de ayudar a morir, como la sedación paliativa o retirar medidas de soporte vital. La persona que decide morir es la que fija día y hora. Sin excusas, ni argumentos morales de origen religioso como el «principio del doble efecto» (nº 2279 del Catecismo) que, en lugar de centrarse en la voluntad de la persona, coloca el foco en la intención del profesional. Ya no hacen falta subterfugios como la sedación a demanda por sufrimiento existencial. Ahora quien manda es la persona que va a morir, sin perifrasis o afirmaciones dogmáticas innecesarias, y falsas, como

que la medicina «ni adelanta, ni retrasa la muerte».

La medicina siempre ha ayudado a morir. La novedad de la eutanasia no es tanto la muerte sino la decisión: de morir y de ayudar a morir. Entre medias existe un proceso deliberativo en el que se comprueba que la persona cumple los requisitos de la ley, de enfermedad, de sufrimiento y de voluntariedad. La persona está bien informada y es capaz. Nadie le empuja a tomar la decisión, que es genuina, coherente con sus valores y biografía.

¿Por qué en condiciones similares de padecimiento una persona desea morir y otra no? La respuesta no está en los informes, ni en los manuales de medicina, sino en ese proceso deliberativo, en el que los profesionales profundizan en quién es esa persona que quiere morir.

Cuando la persona entrega su solicitud, que el médico rubrica, se abre un proceso que durará varias semanas. Si es objetor de conciencia, después de firmarla debe entregársela a su superior y apartarse del proceso asistencial de la eutanasia. Pero también pueden ser objetor «de conveniencia», un profesional al que la eutanasia no le parece mal, pero no está dispuesto a implicarse porque no se siente seguro, no ha recibido formación, no cuenta con la serenidad y el tiempo necesarios para gestionarla, porque está quemado, con el ánimo por los suelos y lo único que espera es jubilarse o buscar otro trabajo, etc. No se puede obligar a nadie a dar la muerte. Tenemos que hacerle ver que merece la pena implicarse y facilitarle que lo haga, incluso en un sistema público de salud en crisis.

En la vida profesional hay situaciones que exigen meterse en el barro. La eutanasia es una de ellas. Cuando recibe una solicitud, el profesional tiene que



**A DIFERENCIA
DE OTROS ACTOS
MÉDICOS, LO MÁS
IMPORTANTE NO ES
LA TÉCNICA, QUE
ES FÁCIL, SINO
LA DECISIÓN, DE
MORIR, Y DE
AYUDAR A MORIR.**

decidir: se implica o se aparta, inicia el proceso deliberativo o entrega la solicitud a otro compañero y «pasa palabra».

Ayudar a morir no es fácil, pero es muy gratificante, al alcance de cualquier profesional dispuesto a escuchar el sufrimiento del otro, a ponerse en su lugar; o sea, tratar de comprender sus razones, preguntarse qué haría en su lugar y dedicarse un tiempo a contarlo en los informes que debe enviar a la Comisión de Garantía y Evaluación, que debe autorizar cada caso. En algunas comunidades, la eutanasia es un engorro que exige muchos trámites burocráticos, pero merece la pena porque también es una oportunidad. De ver cómo afronta una persona su muerte voluntaria, en compañía de sus seres queridos y los profesionales. De conocer mejor la naturaleza humana, en un encuentro protagonizado, en primer lugar, por el respeto a la voluntad de quien desea morir, y a su sentido de la dignidad. Y en segundo lugar, por la compasión que su sufrimiento provoca en el profesional, impulsado

a ayudarla a liberarse de este y facilitar un trance de morir gozoso para ella y las personas que la quieren.

La muerte siempre es triste para los que se quedan, pero no para los que mueren. En el contexto eutanásico de sufrimiento, la muerte voluntaria es liberación para la persona y consuelo para sus seres queridos cuando transcurre como ella había decidido, después de despedirse y en compañía de los suyos. Para algunos integristas, parece que toda la vida de esa persona se concentra en el instante de la inyección letal, pero es falso. En sus últimos minutos, la eutanasia no es tan grandilocuente porque la muerte voluntaria comienza mucho antes, por ahora una media de 41 días antes, a veces incluso antes que la enfermedad.

La eutanasia es una experiencia hermosa, que merece la pena vivir desde todos los puntos de vista. Si eres un profesional sanitario, no dejes pasar esa oportunidad de implicarte en un acto médico de un enorme valor. Y si quieres que te echemos una mano, ¡llámanos! ■